

Capítulo 5 - - Malas Primeras Impresiones - Una Guía Práctica para la Hechicería [Libros 1- 4, Titubeando el 3 de julio]

- Capítulo 5 - - Malas Primeras Impresiones - Una Guía Práctica para la Hechicería [Libros 1-4, Titubeando el 3 de julio]

Capítulo 5 - - Malas Primeras Impresiones - Una Guía Práctica para la Hechicería [Libros 1-4, Titubeando el 3 de julio]

Sebastián

Día 28 del mes 9, lunes, a las 4:00 p.m.

Dryden dedicó la mayor parte del día a instruir a Siobhan en las formalidades y modales de alta sociedad, así como en cómo comportarse con masculinidad sin parecer impertinente. Era un maestro severo, y ella se fue impatientándose cada vez más mientras el tiempo restante para presentar las pruebas de ingreso a la universidad se llenaba, en su lugar, con explicaciones, lecciones y cuestionarios para medir su memoria—que, por supuesto, era extraordinaria. Siobhan no era del tipo que olvidaba la información, incluso si no siempre mostraba gracia al recibirla.

Finalmente, con sólo un par de horas antes de las seis, Dryden le permitió salir de la casa, insistiendo en que “fueses discreta, pero noble. Actúa con autoridad, pero sin ser insoportable. Y recuerda tu nombre.”

Ella salió antes de que pudiera seguir hablando, girando su espalda ante la sonrisa divertida de él y resistiendo el impulso de apretar los dientes con irritación. ‘¿Cuánto de sus regaños será un acto para provocarme una reacción?’, se preguntó. ‘Pero tiene razón. Debería intentar considerarme Sebastien mientras esté en esta forma. Un desliz desprevenido podría arruinar todo. Sigo siendo yo misma, pero cuando tengo esta apariencia mi nombre es Sebastien. Sebastien.’

Se apuró por las calles suavemente ascendentes, cuidando mucho de no perderse en esa ciudad desconocida. Al menos, en esta parte de la ciudad, no corría peligro de pisar desperdicios humanos arrojados por las ventanas por falta de magia para deshacerse de ellos. No, sólo tenía que preocuparse por las heces de los animales. Cuando vio el primer cartel de búsqueda con un parecido bastante real de ella, casi tropieza. La mujer en el dibujo llevaba un capucho, con cabello oscuro cayendo de él, y una sonrisa maliciosa con un aire depredador en las líneas negras de sus ojos.

‘Hechicera peligrosa, practicante de Magias Prohibidas. Reportar cualquier avistamiento. Recompensa por captura viva: cien coronas de oro.’

Sebastián se apresuró tras un vistazo rápido. ‘¿Cien coronas de oro? Hubiera quedado impresionada si no hubiera aprendido ya el costo de la universidad y pedido prestado diez veces esa cantidad la noche pasada. Bueno, eso es más que lo que un campesino podría ganar en cuatro meses de trabajo.’

Aun así, no creía estar en peligro por parte de los ciudadanos comunes. La gente en la calle la miraba, pero sin sospechar nada en su mirada, y la mayoría, especialmente aquellos que no mostraban signos evidentes de riqueza, ni siquiera le dirigían la vista.

No vio ningún cartel con la imagen de su padre, y esa ominosa percepción le causó un fuerte dolor en el estómago. ‘Quizá nadie recuerda bien su rostro para poder dibujarlo’, pensó, aunque sabía que los sueños sofisticados no cambian la realidad.

Mientras caminaba hacia el norte, las calles, sutilmente en ascenso, se hicieron más anchas, los edificios más ornamentados, y los guardias y ocasionales patrulleros de cobre más alertas. Resoplaba con dificultad cuando alcanzó la base de los acantilados blancos que rodeaban Gilbratha. Se alzaban altos y firmes en el norte y se suavizaban al curvarse hacia el sur. Se decía que habían sido levantados del suelo por un Archimago, hace siglos.

Los edificios estaban integrados en la ladera de los acantilados donde había tetras o formaciones rocosas, aunque la distancia entre el edificio más alto y la cima de los acantilados, donde se extendían los terrenos universitarios, era considerable.

Un sendero amplio y serpenteante atraviesa el lado del acantilado en un patrón de zigzag. La senda era para aquellos que carecían del dinero o del prestigio necesarios para obtener una licencia para usar el elevador mágico, que en realidad era más bien un deslizamiento aterrador a través de uno de los varios tubos de vidrio que entrelazaban su propio rastro sobre la cima del acantilado. Algunos se detenían en los grupos de edificios empotrados en la cara del precipicio, mientras que otros llegaban hasta el suelo.

Ella y su padre habían escapado por uno de esos tubos, pero sin el contrapeso de un peso de acero que se elevaba desde el suelo hasta la cima del acantilado a través de otro tubo, cayeron como aves con alas rotas. Casi había quemado la suela de sus botas intentando frenar su caída. Si no fuera por la naturaleza en espiral de los tubos y por la fosa encantada en el fondo, diseñada para salvar a los desafortunados taumaturgos de posibles “fallos”, seguramente se habría roto las piernas y probablemente también la espalda. En cambio, se hundieron en el suelo semejante a barro y luego rebotaron hacia arriba, dejándola sin aliento y con moretones, pero sin otros daños.

Habían llegado a tierra lo bastante pronto, después del robo de su padre, como para que los encargados aún no hubieran recibido la alarma, y entonces corrieron hacia Siobhan y su padre con horror, pidiendo disculpas profusamente y ofreciéndoles atención médica gratuita. Tal vez hubiera sido más fácil escapar si los encargados hubieran sido hostiles, reflexionó Sebastien, porque así podrían haber respondido con hostilidad. Sin embargo, insistieron cortés, aunque con cierta fuerza, en que estaban bien, pero con tanta prisa que no podían detenerse ni ser vistos por un sanador o

el responsable de operaciones del elevador mágico.

Una vez más, ella tuvo que subir a pie, sin tiempo para detenerse a descansar. Cuando alcanzó la cima, sus piernas ardían y temblaban, y pese a la brisa fresca, había acumulado un tenue sudor. El camino dejó de zigzaguear y se dirigió directamente hacia el interior, surcando la parte superior del acantilado en ángulo, formando altas paredes de piedra blanca que se extendían hasta el nivel del suelo. Este sendero terminaba en unas imponentes puertas de acero que señalaban el inicio del territorio de la Universidad.

Una placa de hierro forjado que se extendía sobre la parte superior de las puertas la etiquetaba: “La Universidad Taumaturgica de Lenore.” La Universidad no tenía un nombre específico propio, como podría tener un arcanum menor. No necesitaba uno, porque era la única de su clase. Su escudo era un kraken celeste, soberano de los cielos.

La oficina de admisiones quedaba justo más allá de las puertas, en un pequeño edificio donde empleados atendían filas de aspirantes llenos de esperanza.

Sebastien hizo su mejor esfuerzo por no actuar con sospecha al pasar junto a los guardias a ambos lados de las puertas de acero, limpiándose el sudor que el aire fresco no había logrado disipar. Se aseguró de que sus caderas no se balancearan al caminar, demasiado consciente de las miradas de quienes la observaban. En realidad, no era tan difícil, con caderas formadas como las de un hombre. ‘Soy un hombre para ellos,’ se convenció. ‘No verán más allá de la superficie, no hay motivo para preocuparse. ¿Cuántas veces he visto pasar a un hombre y me he preguntado si en realidad era una mujer disfrazada con magia? Nunca, así que tranquilízate.’

Se apresuró a tomar su lugar en la fila más corta, esperando que se redujera rápidamente. La caminata desde la Residencia Dryden, que parecía un nombre pretencioso para algo que no era más que una gran casa con un patio trasero lo suficientemente amplio para un solo caballo, hasta la Universidad le había tomado más de una hora. ‘Si Dryden me hubiera dejado venir antes... Quizá debería haber contratado un carruaje, o obtenido una licencia temporal para los elevadores.’ Después de todo, ahora podía pagarla con el oro que tenía, y si la rechazaban por llegar tarde, todo habría sido en vano.

Mientras esperaba en la fila, Sebastien observaba ansiosamente, con codicia, los edificios de la Universidad en la distancia. Los acantilados blancos eran mesetas, llanas en la cima y bastante extensas, que bordearon al norte de Gilbratha y se extendieron alrededor del Golfo de Charybdis hacia el este. El agua dulce del norte corría por la base del acantilado y era la fuente de todos los canales artificiales que atravesaban la ciudad, alimentando así muchas fábricas y molinos impulsados por magia.

Desde lo alto de esas alturas, la Universidad vigilaba toda Gilbratha, siendo solo igualada en estatus por el Palacio de Pendragon—hogar de la Corona Alta—y las mansiones de las otras doce familias de la Corona, que estaban talladas en los acantilados que se extendían hacia el este, más allá del Golfo de Charybdis, que era una entrada marítima desde el sur que dividía las Lilies del este del resto de la ciudad.

Podía ver el edificio principal de la Universidad—hecho de piedra blanca y de forma circular, como un coliseo, que se elevaba al menos siete pisos y estaba cubierto por grandiosas ventanas que permitían la entrada de luz. Podría albergar en su interior todos los edificios de un pequeño pueblo y aún así sobraría espacio para un huerto en la azotea. En la distancia, sobresalían algunos torres, pero la mayor parte del terreno estaba cubierta por los árboles que, de alguna forma, lograban crecer allí. ‘Quizá han extraído la piedra y la han llenado con tierra’, pensó, mirando la alfombra de césped verde que comenzaba justo más allá del borde del camino de entrada.

Por debajo, la ciudad se inclinaba alejándose de ese punto alto, tornándose menos imponente cuanto más lejos miraba. Los ciudadanos comunes siempre serían eclipsados por la Universidad y las Coronaciones. Sebastien dudaba que eso fuera accidental. ‘La mierda corre cuesta abajo.’

La fila avanzaba a un ritmo constante, y Sebastien se sentía cada vez más nerviosa a medida que pasaban los minutos. ‘¿Cuando suene el reloj a las seis, rechazarán a quienes no hayan logrado inscribirse a tiempo?’ Cuando finalmente fue la segunda en la fila, un alboroto en las puertas llamó su atención.

Un grupo de jóvenes vestidas con ropas lujosas corrió por allí, la que iba al frente gritó: “¡Haced sitio!”, mientras reían y tropezaban con los guardias y con las personas en los extremos de las filas de admisión. Los alborotadores estaban conformados por un par de chicas, una con pantalones, y cuatro jóvenes. “¡Haced sitio!” repitió el muchacho líder, sudando ligeramente, pero sin suficiente esfuerzo para haber llegado caminando por el sendero para personas normales. “¡Aquí tenemos una solicitante de admisión de emergencia!” Miró a otro muchacho, sonriendo como un cachorro que acababa de hacer una travesura y ahora esperaba una recompensa.

El otro muchacho frunció el ceño, examinando a la multitud con sus ojos pálidos y cansados, de un gris claro distintivo. Movi6 su cabello perfectamente peinado, que Sebastien sospechaba que había sido teñido para obtener su brillante color castaño, y murmuró algo a su compañero, quien perdió parte de su energía bravucona.

Con apenas un poco más de consideración por quienes esperaban en la fila, el grupo se dirigió hacia el edificio de admisiones, dejando a todos los demás atrás.

Sebastien esperó que alguien dijera algo, o al menos un gruñido punzante, pero aunque la gente fruncía el ceño, se apartaron y miraron en otra dirección cuando algún miembro del grupo se acercaba.

El primer muchacho llegó a la altura de Sebastien, levantó una ceja negra como una oruga mientras ella lo miraba desafiante, y siguió de largo, colocando una mano en el hombro del joven que estaba delante de ella en la fila. “¿No os importa si intervenimos un poco? Mi amigo todavía no ha presentado su nombre para el examen, y acabamos de llegar a la ciudad justo a tiempo.” Se dirigió al otro muchacho, que se acercó a la ventana del centro de admisiones como si el resultado ya estuviera decidido de antemano.

El niño frente a ella murmuró algo ininteligible, y al darse cuenta Sebastien de que no iba a negarse, su ansiedad del día anterior y su asombro ante las acciones de ese grupo arrogante se convirtieron en ira.

—No —dijo ella—. Solo se dio cuenta de lo fuerte que había hablado cuando todos en el patio volvieron la cabeza para mirarla.

—Perdón —dijo el niño con las cejas, ofreciéndole la sonrisa que parecía pensar era encantadora—. Me temo que no sé tu nombre. Soy Alec Gervin, y mi amigo —hizo un gesto hacia el niño de ojos extraños— es Damien Westbay. La tonalidad de Gervin indicaba claramente que ella debería saber quiénes eran —y tal vez —acostarse en el suelo para que ellos puedan pasar sin ensuciarse los zapatos.

Detrás de ellos, la chica con el traje y los pantalones ajustados se desplazó incómodamente y le lanzó a Sebastien una mirada que quizás parecía de disculpa.

Eso no hizo más que aumentar la ira de Sebastien. Ella levantó una ceja. —No creo que los nombres sean lo importante aquí. Más bien, me interesa la decencia básica. La mayoría de los niños aprenden a esperar su turno. ¿No estás familiarizado con ese concepto? —Silenciosamente, añadió: “¿Qué tan estrechamente relacionados estaban tus padres?” Pero aún tenía suficiente prudencia para no decirlo en voz alta. Su lengua afilada siempre parecía traerle problemas con quienes no toleraban que se les señalara la verdad.

El escaso ruido que había se apagó de inmediato. Solo entonces Sebastien recordó que debía evitar llamar la atención sobre sí misma.

Damien Westbay apartó a su amigo antes de que el otro niño pudiera seguir balbuceando, se acercó un paso y la observó detenidamente de arriba abajo. —Como has llegado aquí con ropa que no te queda bien y claramente ha sido prestada, y pareces ignorar incluso las costumbres sociales más elementales, déjame explicarlo con mayor claridad. Soy de la familia Westbay, de la segunda Corona, y harías bien en aceptar con elegancia esta oportunidad de hacerme un favor.

Sebastien quiso resoplar, pero eso sería grosero y daría la impresión de que no era tan superior a él. —Aún más razón para que actúes con más decoro que esto. ¿Un miembro de la familia Corona abandona su solicitud hasta el último momento y, en su desesperación, empuja y pisa a los plebeyos? Un Westbay puede simplemente acudir a uno de los profesores o a los responsables de la administración y obtener un lugar en la lista de exámenes, ¿no es así? O quizás —añadió— podrían comportarse con el nivel de dignidad que supuestamente les confiere su nacimiento y esperar pacientemente su turno.

Un rubor trepó por el cuello de Westbay hasta sus mejillas, y quedó claramente visible en su rostro cuando ella habló. Su nariz se abrió en ira y dio un paso adicional hacia ella.

Justo cuando iba a abrir la boca, un cortante y enérgico “¡Damien!” atravesó el aire.

Ambos se volvieron en dirección a la voz — un hombre alto, de aspecto severo, con cabello oscuro atado sencillamente en la nuca. Frunció el ceño desde su nariz prominente hacia el niño. —Deja de hacer el ridículo y ven conmigo —ordenó, con un acento sofisticado y un tono mordaz.

Damien Westbay se desplomó de inmediato, todavía con el enrojecimiento brillante en sus mejillas, miró al público y luego se marchó sin mirar siquiera a Sebastien. —Pero, profesor Lacer, solo me

estaba defendiendo —exclamó con indignación—.

Los ojos de Sebastien se encontraron con la mirada oscura del profesor por un momento, y sintió cómo le abandonaba el aliento.

El hombre le agarró el hombro a Westbay y lo arrastró con firmeza, sin prestar atención a los continuos intentos del muchacho por justificarse.

Alec Gervin le lanzó una mirada de reprobación y se apresuró en seguirlos, acompañado por el resto del grupo de élite.

La joven con pantalones, aquella que aparentaba estar avergonzada por las acciones de sus acompañantes, sonrió de manera torcida a Sebastien mientras pasaba a su lado, con los ojos brillantes de diversión.

Sebastien apenas la notó, sumido en sus pensamientos. "¿Profesor Lacer? ¿Thaddeus Lacer? ¿El más joven Maestro de lanzamiento libre en un siglo?" Era una de las principales razones por las que deseaba con tanta intensidad asistir a la Universidad de la Artesanía Mágica de Lenore, en concreto. Era mayor que la última imagen que había visto de él en un periódico antiguo, pero sus rasgos aún se mantenían reconocibles.

"¡Adelante, joven! Señor, ¡está retrasando la fila!" La mujer que la llamaba desde el mostrador de repente le sacó de sus pensamientos.

Al dar un paso adelante, Sebastien volvió a echarle un vistazo al niño mimado que era escoltado por el Profesor Lacer. Saber que alguien como él podría esperar superar los exámenes de ingreso era solo una razón más por la cual no podía permitirse fallar.